

Historia de una inexplicable aventura

Felisa María del Carmen González Pérez

Mucha es la emoción que me embarga al extraer de la memoria los recuerdos de mi infancia y la historia vivida por mis padres al llegar a estas extrañas y lejanas tierras.

El lugar de nacimiento de la familia es Fuentesauco, salvo un bisabuelo que era originario de Toro.

El 5 julio del año 1913 nace Jacinto (mi padre), hijo de Gregorio y Agustina, integrante de una familia de cinco hermanos, se dedicaban a trabajar la tierra y al comercio. Desde pequeños estuvieron formados en el trabajo, dedicados unos a las labores del campo y otros a la fabricación del pan. Mi abuelo tuvo la primera panadería del pueblo, allí concurrían algunas mujeres a elaborar el pan para su familia; mi padre junto con mi abuela, era el que se ocupaba de ordenar ese trabajo.

Cuando estalla la Guerra Civil Española es convocado junto con sus hermanos, por lo tanto queda el negocio en manos de una de sus hermanas, finalizada la misma vuelven al pueblo a ocuparse de este negocio.

Mis abuelos maternos, Felisa y Miguel, tuvieron tres hijos Carmen mi madre nace el 20 de julio del año 1921. Ella era la menor. Ellos se dedicaban a la explotación de tierras y cría de ganado.

Mi abuelo se dedicaba a controlar a los labradores y mi abuela junto con sus hijas a los quehaceres de la casa y a labores de punto.

Cuando mi madre tenía sólo diez años fallece mi abuelo de un paro cardíaco, quedando mi abuela a cargo de todo. Estalla la Guerra Civil y mi madre joven de dieciséis años, pide ir como voluntaria para atender a los heridos, ya que su único hermano estaba en el frente.

Recuerdo los relatos de mi padre referido a esta triste etapa vivida por el pueblo español, donde contaba de los fusilamientos de sus hermanos, de ver a

sus compañeros heridos, el hambre que pasaban y la falta de comunicación con las familias. Él también había sido herido por la metralla, creo que había sido en alguno de países Vascos [sic].

Al finalizar la guerra y regresar a sus casas vuelven a retomar las tareas, en mayo del año 1942 se casan mis padres.



Felisa, abuela materna de la autora, con sus hijos.

Mis abuelos paternos, entonces cansados de tantos años de trabajo, les dejan a mis padres el negocio de la Panadería para que la sigan explotando. Reparten las tierras al resto de hijos quedándose sólo con una pequeña parte para sus gastos.

En diciembre del año 1943 llega a esa familia una niña a la que pusieron de nombre Felisa, como su abuela materna.



Agustina, abuela paterna de la autora, con sus hijos menores.

Como mi abuela Felisa estaba sola le piden que se venga a vivir con nosotros y así poder atenderme mientras ellos se ocupaban del negocio.

Por aquellos años emigraron a América muchos españoles, unos buscando trabajo y otros aventuras, pues se contaban historias fantásticas de estas tierras.

Ocurrió que en una fiesta de casamiento de un familiar, los entusiasman a que se vayan a Argentina. Esta familia estaba trabajando en la explotación de campos de papas y cría de animales. Fue tal el entusiasmo que esto produce en mis padres que deciden partir hacia estas tierras.

Cuando comunican esto a mis abuelos, estos se enfadan mucho ya que no tenían necesidad de marcharse a “buscar la América” pues como ellos decían la tenían en España con su negocio y las tierras.

Al marcharse dejan al frente de la panadería a la hermana menor de mi padre, que se había separado de su esposo y habían quedado a su cargo dos hijos de tres y nueve años.

La familia, sobre todo mis abuelos, llenos de tristeza y preocupación, los vieron partir.

Corría el año 1947, nos embarcamos en un bimotor a hélice recuerdo que hacía mucho ruido, por lo que nos proveían de protectores auditivos. El viaje fue bastante movido, no pudimos desabrocharnos los cinturones de seguridad durante gran parte de él.

Cuenta mi madre que iban muy asustados ya que atravesaban una tormenta eléctrica. Hicimos dos escalas, descendimos en Dakar, allí cenamos y seguramente reabastecieron el avión. El personal que nos atendía era de raza negra, lo que había llamado mucho mi atención por que nunca los había visto, no quería comer porque decía que tenía las manos sucias. La otra escala fue en Río de Janeiro, allí no descendimos. Luego de treinta y seis horas llegamos a Ezeiza, era el 1° de Mayo. Allí nos esperaban unos paisanos del pueblo, integrantes de la familia que nos habían reclamado. Nos llevaron con su vehículo a Dionisia, creo que esa localidad hoy se denomina Comandante Nicanor Otamendi.

Mi padre quería ponerse al tanto de las labores del campo ya que la idea era comprar tierras y dedicarse a la explotación de las papas y algo de ganado.

Recuerdo ver a mi padre montado a caballo juntando la hacienda... hasta que un día comenzó a descomponerse y tener vómitos con el movimiento del caballo. Como esto se repetía cada vez con mayor frecuencia decidieron consultar al médico y lo trasladaron en ambulancia al hospital de Mar del Plata. Luego de algunos estudios determinaron que el caso era de gravedad. El diagnóstico era que tenía un quiste hidatídico instalado entre el hígado y el pulmón. Como debían extraerlo, se decidió trasladarlo en avión sanitario al Hospital de Clínicas de la Capital Federal, donde fue intervenido

Mientras tanto mi madre se encontraba muy angustiada al no saber qué es lo que pasaba con su esposo, por lo que decidió sacar un pasaje y llegarse junto a él.

Al verla aparecer a mi padre casi le da un infarto. Como él llevaba ya unos días de internación [sic] mientras le hacían los estudios, entabló cierta amistad con los internados de las camas vecinas. Uno de ellos le dijo que no se afligiera, que le ofrecía su casa y su familia para estar hasta tanto pasara esta emergencia y se mejorara; además estaríamos acompañadas por una familia.

Este matrimonio tenía hijas adolescentes, yo lo pasaba bien, entretenida por las jóvenes a quienes les divertía mi tono castizo.

Operan a mi padre, le extraen el quiste, por suerte no había dañado ningún órgano. La cirugía duró unas cuantas horas y la herida que le quedó atravesaba toda la espalda, tenía diecisiete puntos.

La atención fue excelente, su recuperación fue bastante larga, casi medio año, además como los profesionales conocían de su situación no lo dejaron ir hasta que estuvo bien repuesto.

Como este caso no era muy común lo mostraban y era visitado permanentemente por profesionales y estudiantes de medicina.

Su evolución fue muy buena gracias a que era fuerte y había llevado siempre una vida muy sana.

Mientras tanto a mi madre ya no le quedaba más dinero, por lo que tuvo que ir a trabajar de lo que sabía hacer, que era atender la casa.

Su amor propio no le permitía pedir que le enviaran dinero de España, porque no quería que se enteraran de las penurias que estaban pasando. De esto se enteraron muchos años después.

La familia que los habían reclamado parece que no se preocuparon de su situación, así que mi madre pidió que le despacharan sus maletas a Buenos Aires. Regresar al campo se hacía imposible, mi padre no podría hacer trabajos pesados así que el negocio no se hizo, y decidiendo radicarse en la Capital Federal.

Como mi madre no se sentía conforme con el trabajo que hacía, se puso en campaña para conseguir otro trabajo mejor y escribió una carta a la Sra. Eva Perón, en ese momento esposa del Presidente de la Nación, contándole su situación. Le contestaron dándole una audiencia con su Secretaria. Consiguió empleo en la Ciudad Infantil, que era un lugar para niños internados, algunos sin familia. Ella hacía tareas de costura; además le pidió que le recomendara un colegio de monjas donde podía ponerme internada [sic] para poder trabajar tranquila hasta que mi padre se repusiera bien y pudiera conseguir un trabajo. Así fue que me internaron en un Instituto cuyo edificio había sido donado por una de las familias más ricas de este país con destino a alojar niños de bajos recursos.

Recuerdo que era un edificio muy grande rodeado de amplios jardines donde no faltaba nada. La atención era excelente, allí tenía de todo, estaba feliz a pesar de no estar cerca de mis padres. Se festejaban con mucha alegría todas las fiestas, Navidad con los pesebres vivientes donde tomábamos parte

los mismos niños, Reyes donde los veíamos, cuando nos dejaban los juguetes... en fin todo era una fiesta. Esto estaba financiado por el Estado y regentado [sic] por religiosas.

En mayo del año 1950 me sacaron porque había nacido María Jesús, una hermanita y ahora yo serviría para mirar a la pequeña.

A esta altura de los hechos, habían conseguido alquilar una vivienda para nosotros solos.

Para poder trabajar en la Administración Pública Nacional mi madre tuvo que sacar los documentos argentinos y hacerse ciudadana. Ella siempre sostenía que esto sólo era un trámite, porque ella seguía siendo española de corazón y eso nadie se lo iba a quitar.

Como el Instituto donde ella trabajaba pertenecía a la “Fundación Eva Perón”, la obligaron a hacerse afiliada al Partido Político que ese momento gobernaba, “el peronismo”. Esto le sirvió para que le dieran trabajo a mi padre en esa fundación. Allí estuvo contratado unos meses y le obligaron a sacar la documentación argentina para que quedara efectivo a lo que él no accedió. Prefirió perder el empleo a perder la ciudadanía Española [sic], por lo tanto renunció.

En ese momento la mayoría de los españoles que llegaban aquí trabajaban en la gastronomía, de mozo, ayudante de cocinero, ascensorista, etc. Eso es lo que consiguió.

Después de varias tareas de este tipo, terminó jubilándose de encargado del vestuario de un club muy grande de la Capital.

Como alguien debía cuidarnos, se turnaban con los horarios de trabajo, uno lo hacía por la mañana y otro por la tarde.

Con nuestra familia en España siempre nos escribíamos. Era muy triste ver a mis padres como se emocionaban añorando sus afectos, su tierra y los buenos momentos vividos.

Ya normalizada la vida, decidieron comprar un terreno y comenzar con la construcción de una vivienda.

Mi padre, que de construcción no sabía nada, compró libros, se informó y aprendió el oficio. En el término de dos años teníamos para vivir en ella los cuatro.

Cuando la edad de mi hermana lo permitió nos pusieron pupilas a las dos en una escuela de monjas donde permanecimos hasta terminar el ciclo primario. Salíamos los viernes y regresábamos los domingos a última hora.

Cuando llegué a la adolescencia y manejar me un poco independiente me enviaron a tomar clases de danzas españolas a uno de los centros de cultura regional que funcionan en la Capital.

A pesar de que era muy pequeña cuando salí de España, recuerdo a mis abuelos, la casa donde vivíamos y que por las tardes sacaban las sillas a la puerta y se sentaban al fresco. Yo tenía por costumbre pedirle a mi padre sol-

tara unos cabritos que tenían encerrados en canastos, me gustaba y divertía verlos correr y brincar. Otras de las cosas que tengo grabadas en la memoria era cuando me escapaba a robar fruta que ponían a secar en la parte alta de la casa. Recordar el encierro de los toros en épocas de fiestas, bellas imágenes de mi niñez.

Mis padres vivían recordando situaciones de su juventud, el trabajo en el campo, en la panadería, las reuniones familiares que eran una fiesta. No pasaba un día en el que no se hiciera mención a aquella vida junto a sus mayores.

Muchas veces encontraba a mi padre cabizbajo, pensativo y al preguntarle en que pensaba me decía... “en mi querida España”...

Cuando se hablaba de respeto a la ley, a la palabra dada, a la autoridad y la justicia, él nos decía que en España todo ello se trataba con suma seriedad.

Él se sentía muy agradecido a este país que le había recibido y alojado, y todo lo que habían hecho por su salud, pero no dejaba de expresar permanentemente que extrañaba mucho su tierra.

Cuando terminé mis estudios de Maestra Normal Nacional, comencé a trabajar y decidí ahorrar dinero para pagarles el pasaje a su tierra y reencontrarse después de tantos años con sus seres queridos.

Para este entonces mis abuelos ya habían fallecido con mucha pena por no volver a ver a esos hijos que habían partido tan lejos.

Por el año 1980 viajaron, y contaban la emoción vivida al encontrarse con los hermanos, sobrinos, etc.. Recorrer esas callecitas llenas de recuerdos de su juventud. Compartieron alegres momentos con la familia y presenciaron las clásicas Fiestas del Pueblo. Lloraron en la plaza de toros al presenciar una corrida en la Plaza Mayor de Madrid. En fin, que fue un viaje lleno de felicidad.

A partir de esa primera vez trataron de ir cada dos o tres años de visita a España para las tradicionales fiestas de su pueblo, porque además hasta allí se acercaban familia que vivían en otras ciudades y era la oportunidad de ver a la mayoría de ellos.

Pasaron los años y me prometí que ahorraría e iría yo también a conocerla, compartir y conocer a familiares.

Este sueño lo pude concretar con mi esposo en el año 1990. Viajamos para el mes de Mayo con el fin de estar presentes en las fiestas del pueblo.

Cuando llegamos mis padres, que ya estaban hacía unos días, nos esperaron junto a primos y tíos.

Me resulta imposible, no encuentro palabras para expresar la emoción vivida momento a momento con la familia.

Pasear del brazo de mi padre por ese pueblito tan majo, relatando viejas historias de su juventud.

Alojarnos en casa de mis abuelos, la vieja panadería, hoy transformada en casa de huéspedes, donde alguna vez habían vivido ellos.

Presenciar aquellas fiestas... donde todos sus habitantes participan de ellas y nadie habla de otra cosa. Ver con qué orgullo lucen sus trajes típicos. Yo también pude lucir uno de ellos.

Pasaron los años, mi familia se agrandó ya que tengo tres hijos que siempre disfrutaban con los relatos de su abuelo Jacinto y pensaban que alguna vez podrían ellos también conocer sus raíces.

En diciembre del 2003, a la edad de 92 años, nos quedamos sin la querida compañía de Jacinto. Cumpliendo con su deseo llevaré sus cenizas para que descansen en su pueblo.

Mi madre actualmente vive en la Capital federal, al cuidado de mi hermana.

Lo que son a veces las vueltas del destino, que hoy la historia de sus abuelos la vuelve a repetir en uno de sus nietos.

En junio del año 2002, mi hijo menor Diego se casó y decidió radicarse en España.

Él no fue por falta de trabajo, lo hizo porque no encontraba en su país ningún tipo de seguridad, ni jurídica, ni económica, ni personal.

Allí se instaló en el Archipiélago de Canarias, donde vive con su esposa y han comprado un comercio de Internet que atienden entre los dos.

Como ellos querían aumentar su familia comenzaron a hacer un tratamiento para tener un hijo.

Hoy en día, gracias a la tecnología y a los profesionales de ese país han podido realizar una inseminación in vitro y en este momento se encuentran a la espera de su primer bebé.

En el mes de diciembre llegará a la familia un españolito que se llamará Tomás.

Esta es la historia de una inexplicable aventura, que continúa con inesperado desenlace.